

ANTONIO PRIETO, *La fractura de un mito*, Madrid. Fundación Universitaria Española, 2017. 156 pp. Novela

Por Mariano de Andrés Gutiérrez

Qué arriesgado es adjetivar un subgénero dentro del género establecido. De por sí, ya es difícil calificar de novela un trabajo literario (prosa, narración, acción fingida, descripción, suceso, lance, costumbres, etc.) que reúna todos los requisitos exigidos para reclamar por derecho este título. A estos semas lexicográficos se acoge el DRAE para definir el término *novela*. Ahora, cuando el índice de vida se ha alargado tanto en este país y, con él, la fiebre del jubilado al que se supone que visita el pentecostés de la creación literaria o pictórica, les preguntaría yo si la consecuencia de su aburrimiento responde solo medianamente a la definición que nos brinda la Academia de la Lengua.

Afortunadamente, *La fractura de un mito*, de Antonio Prieto, cumple generosamente todos estos presupuestos académicos. Pues bien, creo que acertaría si encuadrara su resultado bajo el título de *novela culta*. Este trabajo se ha hecho acreedor de dicho calificativo por varios conceptos: estructura, léxico, gramaticalidad, temática, planteamiento, historicidad...

Su lectura es una lección del bien hacer narrativo y de erudición histórica. Utilizar correctamente el lenguaje literario reclama dominio de sus fórmulas. No es igual salvar los escollos léxicos disciplinándolos a los campos semánticos adecuados, que caer en la verborrea; ni domeñar el lenguaje gramatical con una sintaxis generadora de estilo, que ser víctima de una facundia descontrolada; ni someter la acción a reglas consagradas por un género, que disparar acontecimientos encubiertos por la coartada de la *inspiración*. Antonio, don Antonio, nos demuestra una vez más que, no en balde, ha sido Maestro en este oficio de contar con profesionalidad. Lo contrario es el valor de la ignorancia. Aún se puede distinguir, de vez en cuando, la diferencia entre *escritor* y *escribidor*.

Arranca la novela en tono evocativo, con un dejo de pretérito dolido y con diseño de retablo barroco: el claroscuro corre a cargo de una infancia con trauma cultural de posguerra y, por otro lado, con una tramontana de ecos mediterráneos de épicas y míticas resonancias griegas. Pobreza de barracón encalado, fanatizado con el culto a héroes del balón, frente a la mixtura isleña del blanco y azul Prusia, sa-

cralizada por la cotidianeidad y familiaridad con varones homéricos. Almería y el Egeo.

No pasa por alto ese tufillo clásico que se cuele por la pluma antoniana en su afán por motivar a sus protagonistas, destacando mediante epítetos sus cualidades más caracterizadoras. Arrimado al modelo épico, el autor aplica a personajes más humildes, no por eso menos entrañables, un atributo identificador que hace las funciones de un alias distinguido: el tío Jacinto, *el de el borrico*; Selene, *la bacante, la de los pies descalzos*; el tío Emilio, *el de las muletas*; Aristides, *el retórico*; Vassilis, *el enseñador*; Nicoleta, *la filandeira que deshojaba mazorcas de maíz...*

Según avanza la narración, el discurso va trenzando hábilmente la historia de un niño huérfano que, hasta en esta simple circunstancia, tanto nos recuerda la vida buscona de los pícaros españoles. La fortuita compañía de amigos más versados en inquietantes relatos, brinda al protagonista la ocasión de adentrarse en un mundo mítico que desconocía. Con el ingenioso pretexto de relacionar a su personaje con leídos aventureros, va llenando de cultura la desafortunada lucha por la vida de un desventurado aprendiz de historias.

Desde las brumas de Camelot hasta los helenísticos pergaminos alejandrinos, desfilan ante los ojos deslumbrados y desinformados de un aspirante a identificarse con el pasado, un sinfín de figuras señeras de la cultura universal. Sirios y troyanos; Filón y las veladas alusiones a la Magia hermética a propósito de la *Escala* de Jacob; un Merlín reencarnado en un cuento-cuentos de carpa circense; un lecho, antesala de la locura, etc... Un mágico mosaico de vidas y acontecimientos que encienden la imaginación de un niño lleno de interrogantes con el que se identifica el lector.

La fragmentación en Libros, en que suelen ser divididos los cantos épicos, (las más de las veces por requerimientos didácticos ajenos a la voluntad creadora de su autor), favorece diferentes y subjetivas valoraciones de cada uno de ellos por parte del lector. Esta observación me mueve a interpretar uno de los capítulos de *La fractura de un mito*, como el responsable de una inflexión argumental que venía siendo anunciada casi desde su comienzo: en él, los dos mundos, el de la Grecia clásica y el del presente, precipitan su fusión. (Dejo a cargo del lector el placer de descubrir de qué capítulo se trata). Todos los personajes del presente acusan una metamorfosis de influencia clásica: Nicoleta, la hechicera y maternal rapsoda, adquirirá la inmortalidad olímpica de una sibila; Selene, la niña que bailaba con los pies descalzos en la playa, ofrece ahora la vestal virginidad de su cuerpo a las espumas de las playas cretenses; don Celedonio, el maestro de Ávila, en adelante será el filósofo mentor; hasta las brujas maldicientes de la solana de la placeta del barrio, se transformarán alcanzando el épico y responsable protagonismo de un agorero coro

trágico. Es aquí, incluso, cuando dos equipos de fútbol cuyas hazañas ligueras se han perdido ya en la memoria del tiempo, resurgirán a los ojos del lector investidos de tirios (equipo visitante) y troyanos.

Una *Bajada a los Infiernos*. Purificación, inmortalidad, búsqueda de identidad, amoroso rescate filial, rito iniciático. Todo puede ser. Lo cierto es que toda epopeya que aspire a ahondar en el tiempo cosmogónico, tendrá su *Descenso al Hades*. En *La fractura de un mito*, a imitación de la tradición literaria grecolatina, el protagonista cumple también este requisito. Se trata de un curioso pasaje narrado en clave alucinógena en el que, incluso, se tiene en cuenta la figura obligada del Maestro iniciático -Nicoleta- quien, a semejanza de Virgilio acompañando a Dante, hará las funciones de *Guía*.

Un viaje a Atenas. El ácido contraste entre el ayer y el hoy. La historia mancillada por un presente frustrante. El irrepitible tiempo perdido que busca el protagonista. La cruel lección de la vida que le enseña que cada instante somos otro. Ni en Grecia estaba ya Homero ni el amor de antaño anida ya en el corazón de hogar. Bajó a los Infiernos. Reclamó a su Eurídice. Miró atrás y la perdió. Recordar, duele.

Y, por fin, el regreso a Ítaca. Una metamorfosis kafkiana del protagonista y, de nuevo, el error de mirar atrás, de recordar. Orfeo nunca aprende. Es víctima del engañoso mito del *Eterno retorno*. Pero el hombre, como el agua, nunca recupera su pasado. Estamos hechos de la misma naturaleza del Tiempo. La vuelta siempre es un fracaso. El fracaso de Orfeo. Y así lo va a experimentar el protagonista de *La fractura de un mito*. Aquí, una vez más, la novela se goza en un masoquismo ilustrado.

De pronto, como en la vida misma, la vejez, *molesta senectute*. El lector no podrá evitar el escalofrío de un presentimiento: hoy, yo; mañana, tú. Una residencia de ancianos, breve antesala de la muerte, donde la costumbre materialista despoja al pupilo hasta del último óbolo de su hacienda, acoge al protagonista. En su calenturienta mente, un duermevela lúcido le transporta a la tenebrosa entrada del Hades. El lector le acompañará en su *Sueño iniciático* por las tétricas regiones homéricas.

Según va terminando el lector *La fractura de un mito*, Antonio Prieto le cerca, atenaza, sorprende con un caudal de sabiduría grecolatina y renacentista que tiene el agrídulce sabor de un Testamento docente a modo de despedida universitaria de los viejos pasillos complutenses. Para validarlo, baja a su protagonista al *Inferno* dantesco donde le sobrecoge con la ficción tertuliana de vidas paralelas de consagrados escritores del apolíneo sacro coro de las Letras. Visítenlo.

Abandonado el autor a un *fluido de conciencia* en el que se cruzan, con aparente inconsciencia, mundos sutiles del pasado épico mediterráneo con el débil hilo del presente del personaje, consigue hacer partícipe al lector y contagiarlo de su irreflexivo estado onírico. Si toda lectura es una recreación, quienes se adentren en *La fractura de un mito* comprobarán cómo Antonio Prieto, de tú a tú con Homero, nos ofrece una *Odisea* poliédrica, muy apropiada para interpretaciones subjetivas: una infernal danza beoda en la que realidad y ficción se desfiguran, se funden, enloquecen y se devoran. Máscaras del *Viaje Hermético* en el que aparece la nota triste de una vida “*caminando siempre hacia Poniente*”, que es la Muerte.

Madrid, 17 de mayo, 2017

VV.AA. *El exilio vasco*. Estudios en homenaje al profesor José Ángel Ascunce Arrieta. Edición de Iker González-Allende. Serie Humanidades. Bilbao. Universidad de Deusto. 2016, 420 pp.

Por Julio Escribano Hernández

El exilio vasco ha sido investigado por el profesor José Ángel Ascunce Arrieta, a quien un nutrido grupo de especialistas, seguidor de sus estudios literarios, dedica este homenaje, que se inicia con una introducción sobre la personalidad del homenajeado, avalada con una completa bibliografía de sus obras y su currículo de investigador sin descanso como Catedrático Emérito de la Universidad de Deusto. Tras la introducción se incluye un apartado de estudios generales con seis capítulos en los que Iker González-Allende, Mercedes Acillona López, José Ramón Zabala Agirre, Mari Karmen Gil Fombellida, Arantzasu Ametzaga, cierran estos estudios con Xabier Irujo y Victoria María Sueiro Rodríguez desarrollando el tema del exilio vasco con los respectivos marbetes: “El mundo del exilio es parte de nuestra historia y de nuestra cultura”, “Espacios en el exilio vasco”, “Contra el silencio impuesto. Las publicaciones en lengua vasca del exilio de 1936”, “Teatros del exilio vasco”, “Gernika desde el exilio” y “Exiliados vascos en la educación superior cubana: compromiso e identidad”.

En el primero, “El mundo del exilio es parte de nuestra historia y de nuestra cultura”, su autor Iker González-Allende hace una amplia entrevista al Catedrático Emérito José Ángel Ascunce en la que responde con su trayectoria vital y profesio-